

MARÍA ZARAGOZA

LOS ALEMANES
SE VUELAN
LA CABEZA
POR AMOR



LVIII PREMIO DE NOVELA ATENEO CIUDAD DE VALLADOLID

algaida



La novela *Los alemanes se vuelan la cabeza por amor*, de María Zaragoza, resultó ganadora del LVIII Premio de Novela Ateneo-Ciudad de Valladolid, que fue convocado por el Ateneo de Valladolid y patrocinado por el Excelentísimo Ayuntamiento de Valladolid.



Primera edición: 2012

© María Zaragoza, 2012
© Algaida Editores, 2012
Avda. San Francisco Javier, 22
41018 Sevilla
Teléfono 95 465 23 11. Telefax 95 465 62 54
e-mail: algaida@algaida.es
Composición: Grupo Anaya
ISBN: 978-84-9877-560-0
Depósito legal: Se. 560-2012
Impreso en España-Printed in Spain

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ÍNDICE

Estudio del terreno y elección de la táctica. . .	13
La batalla en sí	113
Vencedores y vencidos	235

*A Miguel, que intentó poner titulares a esta novela
A Vanessa, cuya forma de permanecer erguida la
convierte en todos los héroes
A Jota, que busca sueños envueltos en ciencia
A Carmen, que sabe ser todas las madres del mundo
A Luis, que logra siempre construir una ilusión nueva
A Juan, arquitecto de las casas cambiantes
Este libro existe gracias a todos ellos*

La única responsabilidad del escritor es con su arte. Si es bueno será completamente despiadado. Tiene un sueño. Le angustia tanto que debe liberarse de él. Y no logrará la paz hasta entonces. Hay que desecharlo todo: el honor, el orgullo, la decencia, la seguridad, la felicidad, todo, para conseguir escribir el libro.

WILLIAM FAULKNER

All those moments will be lost in time like tears in rain.

Nexus-6 Roy Batty
Ridley Scott's *Blade Runner*

ESTUDIO DEL TERRENO
Y ELECCIÓN DE LA TÁCTICA

NOS REUNÍAMOS EN LA PLAZA PARA COMENTAR LAS últimas novedades de política y masturbación desde que teníamos memoria, y con el paso de los años el dominio de la segunda había ido dejando paso a la primera como por arte de magia. Al principio éramos muchos, aunque las bodas, novias y demás catástrofes naturales habían ido dejando huecos irresolubles. Los más se fueron perdiendo por el camino de los niños y las hipotecas y no fueron capaces de volver a encontrar la Plaza. Era curioso ver cómo las bajas se multiplicaban de año a año. Nunca se sabía si uno iba a ser el siguiente en desaparecer. No siempre se encontraba la Plaza. Podías estar en un país en la otra punta del océano y de pronto dar la vuelta a la esquina y encontrarla. O estar al lado de donde solías verla y no lograr entrar a sentarte en la terraza de las sillas metálicas a esperar a que uno, o todos los demás, llegasen a tu altura desde Colonia, Londres o Tokio. El mecanismo que la hacía aparecer siempre nos resultó misterioso, quizá por eso nos resultó tan complicado comprender cómo Basil

pudo venir aquella tarde con Violeta. Aunque ninguno de nosotros logró dejar de mirarla mientras bebíamos y hablábamos. Nadie preguntó, y eso convierte la aparición de Violeta en otro de los huecos en el dibujo, uno de esos huecos con formas raras que no se pueden rellenar con nada, ni siquiera con su voz suave que olía a lima.

Si la mirábamos demasiado, y esto lo sé, era porque tenía el peligro de arrastrarnos fuera de la Plaza. Era la primera mujer que llegaba hasta allí, hasta sentarse con nosotros y hablar de arte y literatura y sexo con un desparpajo absolutamente desprovisto de prejuicios. De política no entendía demasiado, aunque le gustaba la historia, de eso me di cuenta en seguida. También de que parecía fuerte, pero que era a la vez frágil y a la vez fuerte. Pensé que era inocente, inocente y hermosa, y sentí que sería fácil destruirla, como los animales sienten los terremotos antes de que ocurran. Instinto de supervivencia que no escuché. Teníamos demasiado miedo a que ella nos hiciese olvidar el camino.

Cuando por un día o dos no podíamos encontrar la Plaza, siempre teníamos miedo a estarnos perdiendo algo. Cuando su ausencia se extendía una semana, el miedo se transformaba en pavor. El terror nos hacía perder los nervios, dejábamos de comer y de dormir por su causa y de nuevo un día, cuando estábamos al borde del colapso, caminábamos con despreocupación por una calle de cualquier ciudad y esta de golpe se transformaba en la Ciudad, en la Plaza en concreto. Eso hacía que respirásemos hondo. Seguíamos pudiendo volver. Si Violeta me resultó una amenaza, también la amé con demasiado ardor. Disfruté

torturándola, lo admito. Su sumisión absoluta, su resignación a lo inevitable de mis golpes de efecto, me excitaba aún más, llegando a su máximo esplendor con el episodio de la muñeca que tú has presenciado. No me siento demasiado orgulloso, no he sido justo. Pero también es cierto que la justicia es boba.

Hay en todos nosotros, los humanos, un cierto regusto sádico. En el fondo somos todos sadomasoquistas. Eso, en gente tan sensible como Violeta o tan apasionada como yo, es algo que se agudiza. ¿Quién no ha experimentado un escabroso placer al despellejarse los dedos con nerviosismo, al provocarse cortes en la circulación enrollando hilos alrededor de la carne hasta que queda morada, al escuchar la música que más daño te hace cuando has sufrido un desengaño? Y luego las otras cosas. Cuando eres peatón disfrutas de los atascos de la ciudad y los semáforos que tardan una eternidad en cambiar de color; cuando vas en coche se te hace la boca agua al ver correr a una ancianita que se ha quedado a mitad del paso de cebra cuando el semáforo te ha dado el verde. Esos pequeños deleites cotidianos nos hacen sentir vivos y, a veces, nos acercan con excitación a una idea de muerte tan difusa que nos la pone tan dura como el misterio, como el saber que estoy tan nervioso que la mano que te pertenece me parece estar cercana y luego no, cuando voy a agarrarme a ella para no caer, para no desfallecer en este lugar que debería ser mágico, se aleja indefinidamente sin moverse del lugar donde ya estaba antes, aunque mi juicio me engañe ya, aunque no quede más remedio que esperar que pase la tormenta y salir a aceptar lo que ha pasado.

—Antonio...

—¿Sí?

—No deberías culparte por esto. Tú no tienes la culpa, ella...

—¿Ella qué, Agneta? Ella podría estar en este restaurante en tu lugar y no está. Todo, la Plaza, el mezcal, todo se la ha terminado por comer. Y no me mires con esa cara. Tú deberías saber mejor que nadie lo que ha pasado con la muñeca. Tú la encontraste. Tú también has colaborado, aunque seas más inocente que yo.

DIFÍCIL ES LA DESCRIPCIÓN DE ESTE ATARDECER QUE PARECE una grulla abriendo sus alas sobre los edificios, rozándolos con sus plumas doradas, este atardecer maldito en el que tú y yo cenamos, las copas de vino entrechocando de cuando en cuando, la gente del restaurante cruzándose y charlando, en este lugar tan estrecho que a veces un descuido puede provocar ese pequeño accidente del roce y las miradas que se cruzan, una acusatoria y la otra avergonzada, este pequeño restaurante en mitad de una inmensidad no mucho mayor, pero sí más ruidosa y caótica: la Ciudad que nos mira desde todos los frentes, supongo que incluso a ti y a mí en esta mesa que parece a salvo, que aparentemente resulta aislada del desconocimiento que la Ciudad provoca, astuta, ladina e inocente. La Ciudad se nos insinúa, con esa sutileza que la hace diferente. Nosotros, tú y yo, aquí, parecemos estar a salvo de los roces ajenos, e incluso a salvo de evitarlos como hace la gente que camina apresurada allí fuera, si es que hay alguien que camina y las calles no siguen tan desiertas como las dejamos. Este parece el último reducto, el último fuerte en el que hay algo de calor en las manos que se encuentran. Debes de encontrar algo irónico lo que te estoy diciendo. Calor aquí, tan cerca de ti, eso sería imposible. Pero es lo único que encuentro auténtico, esta última isla en la que tus dedos golpetean con nerviosismo el mantel. Hace un momento intenté rozar tu mano, pero como siempre se

deshizo antes de que pudiese encontrarla. Se evaporó ante mis ojos, entre mis dedos, para luego reaparecer un poco más lejos, al lado del tenedor, jugando con los anillos de la otra, como si siempre hubiese estado allí y los que se hubieran engañado hubiesen sido mis ojos al creer que podrían alcanzarla. Aun así estamos a salvo del atardecer del mundo de los vivos, donde la gente corre hacia la boca de metro más cercana a resguardarse de la grulla negra y dorada que se cierne sobre su universo conocido, a volver a sus casas y sus noticiarios que en vez de una ventana al mundo parecen una ventana tapiada. Porque ellos están allí, sentados en su sofá verde de Ikea, viendo cómo los monjes de Birmania salen a la calle sin miedo a dejar esta ilusión de vida que es nuestra y masticando con tranquilidad una *pizza* tres quesos con salsa carbonara. No me extraño del lugar, de este restaurante. Es muy tú, incluso hubiera sido muy Violeta. Qué difícil describir la grulla, su vuelo desequilibrado y triste sobre los cielos sin cielo de la Ciudad. Y quizá es culpa mía por estar demasiado acostumbrado a mis ojos, a confiar en lo que ellos me muestran, tan confiado que no sé describir algo que no puedo ver por estar aquí dentro, pero que puedo sentir, como sentí tantas otras cosas antes, los acontecimientos que desembocan en otros acontecimientos que van formando piezas que a veces encajan y otras... otras, pues no. Pero supongo que tanto la vida como la muerte son así de absurdas, y uno se va acostumbrando a encogerse de hombros cuando te viene una de estas, como lo de la muñeca en la caja de madera; era una señal de algo que a mí se me ocurriese eso, pero ese algo no se tradujo en el vuelco del

estómago y esa especie de presión que se extiende hasta la cara de Violeta, sus ojos tan abiertos. Incluso ella era como una señal, ella entera, una señal tan como la muñeca que pienso en ella y se me quita el hambre y el sueño. Todo eran señales, esas cosas absurdas que uno hace sin saber muy bien el porqué ni si van a llevar a algo: señales.

El jersey a rayas de Pelayo, la rata de Israel, la muñeca, Violeta, todo señales, el entierro, el disco que apareció de súbito, el universo entero se confabulaba para decirnos algo y luego... el silencio. ¿Hay algo más terrible que el silencio del universo? Que de pronto te vuelva la espalda cuando te ha estado hablando sin cesar. Pero claro, uno nunca se da cuenta de que el universo le habla hasta que se queda callado.

El silencio sí se hace sentir.

Nunca he sido un hombre justo y eso es algo que es difícil de admitir. Pero, ¿qué es la justicia? La justicia no es ciega, es estúpida, despistada. Siempre llega tarde porque no es capaz de llevar reloj, las correas le dan alergia. Tiene sentimientos, no es abstracta ni objetiva, caza desprevenidos a unos y evade a otros porque le resultan despreciables. Desmerece a los que no soporta y se porta demasiado bien con los que lo tienen todo. En fin, te estoy hablando de tonterías, supongo. Muchas veces digo tonterías desde que apareció la muñeca. Pero tú siempre me escuchas. Eres buena conmigo, eso está bien, incluso eres buena conmigo aunque nunca te haya mentado para que lo fueras.

Supongo que te cuento todo esto porque también formas parte, porque te he arrastrado del brazo por callejones estrechos del casco antiguo mientras empezaba a

atardecer y no es casualidad que haya tenido miedo, que haya acelerado el paso ante la incipiente llegada de la grulla; tampoco es casualidad lo del restaurante, aunque no creo que ninguno de los dos tenga hambre ya nunca. Yo al menos no comería, pero ya que estamos aquí qué remedio nos queda, aparte, claro está, de mirarnos las caras y contarnos una y otra vez lo que hemos visto, lo que hemos vivido juntos y por separado.

De nuevo intento rozarte la mano por encima de la mesa y ya ves que tus dedos se diluyen humedeciendo el mantel blanco de hilo. No es casualidad que aquel tipo, el de detrás de ti, no, no mires, haya pedido después de terminar una botella de mezcal. Quizá también nosotros deberíamos beberlo una vez más, el mezcal no es gratuito aquí, es una pieza fundamental en todo esto. La pieza, diría yo, el mezcal, la muñeca, el jersey, todo, hasta la rata descoyuntada. Ni la justicia ni los restaurantes son gratuitos.